

JAVIER SAGASTIBERRI

UNA TUMBA SIN NOMBRE



erein

JAVIER SAGASTIBERRI

UNA TUMBA SIN NOMBRE

35

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: mayo de 2019

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Itxaropena

© Javier Sagastiberri

© EREIN. Donostia 2018

ISBN: 978-84-9109-465-4

D.L. SS-581/2019

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

JAVIER SAGASTIBERRI

**UNA TUMBA
SIN NOMBRE**

erein

*“Todas las historias de amor
son historias de fantasmas”*

DAVID FOSTER WALLACE

DON CELSO



Y no me llega el alzheimer. Tengo que recordar todas las noches a Beatriz con aquel cabrón de mierda. Ni siquiera la venganza me ha servido. Sólo la muerte me sirve. O el alzheimer.

Me anuncian visita. Desde que me han recluido en esta residencia nadie se acuerda de mí. Me pregunto quién puede venir a verme. Me dicen que es una mujer, Arantza Rentería. Sé que es una de las ertzainas, pero no recuerdo cuál.

Le recibo en mi cuarto. Es la descarada. Me gusta esta jovencita. Pocos se han atrevido a desafiarme. Ella lo hizo y tuvo su gracia. Es guapa, pero ha adelgazado y tiene grandes ojeras. Algo importante no la deja descansar, como me ocurre a mí.

–Buenos días, señorita.

–Buenos días, don Celso. Supongo que se preguntará qué es lo que me trae por aquí.

–Sí, ya imagino que no es una visita de cortesía.

–No sé por dónde empezar. Necesito contactar con Carlos Sosé.

–Mire señorita, ya les dije a usted y a su compañera que no podía ser.

–No vengo como policía.

–Ya.

–Necesito contratarlo. Y le juro que no lo delataré.

–¿Para qué quiere verlo?

–He de pagar una deuda.

–¿A quién?

–A don Sergio.

–No le debe nada. Y además está muerto.

–En eso se equivoca. No me caía bien, pero le debo algo.

Callo durante un largo rato. El silencio prolongado no la incomoda, espera tranquilamente. Quizás me equivoque, pero confío en ella. Me acerco a la mesilla, cojo papel y pluma y apunto una dirección.

–No se llama Carlos Sosé. Llámelo Beltza.

–De acuerdo –me da la mano– y gracias.

Espero no arrepentirme. La verdad es que confío en ella. A Beltza le gustará, de eso estoy seguro.

ITZIAR



Aunque casi habían transcurrido seis meses desde la muerte de Iñigo y de Jon, la presencia de los dos agentes en la Central de Erandio se adivinaba en los ademanes y miradas de cada uno de sus compañeros. Itziar había vuelto al trabajo apenas tres semanas después del funeral, porque se dio cuenta de que sólo el trabajo podía salvarla.

Durante quince días había permanecido acostada en su dormitorio de la infancia, en la casa familiar de Donostia, vigilada con celo por Paco y sus padres, que no se apartaban de su lado ni un instante, porque, según le confesarían más tarde, una vez que Itziar se levantó de la cama como si abandonara una tumba, habían temido por su vida. Durante esas dos semanas no cruzaron casi palabra. Itziar sólo se levantaba para ir al baño y apenas se incorporaba lo justo para poder comer en la cama cuando su madre se presentaba con la bandeja tres

veces al día. Su cuerpo sólo aceptaba líquidos y por ello la alimentaron de sopas y purés, así como de leche que le servían en tazones humeantes en los que introducían algún bizcocho o galleta para proporcionarle algo más de energía.

No recordaba nada de esas dos semanas. Tenía la sensación de haber vuelto del otro lado, de haber resucitado, de haber abandonado una tumba querida, así lo repitió varias veces, mientras observaba su cara demacrada en el espejo del baño.

—Creo que huelo fatal —fueron sus primeras palabras. Paco le contó que durante esos quince días había permanecido boca arriba, con actitud serena, a ratos con los ojos abiertos y a ratos durmiendo, pero que no parecía haber sufrido. Ella no recordaba ningún dolor, nada parecido al sufrimiento físico. Más bien le pareció haber encontrado la paz definitiva.

Tras ese paréntesis, aún necesitó una semana más para recuperarse y, sobre todo, para tranquilizar a sus padres y a su hermano.

Su madre pretendía que abandonase la Ertzaintza o que, al menos, buscara un destino más tranquilo, donde no corriera riesgo su vida.

Ella agradeció todo el cariño que adivinaba en las caras ansiosas de sus familiares, pero se mantuvo firme: debía volver al trabajo, ya que desde que despertó de ese sueño continuo, peligroso pero placentero, no podía descansar; todas las noches se despertaba llorando

asaltada por terribles pesadillas. En ocasiones, el rostro sin ojos de Uriah le miraba con fijeza, mientras se reía histéricamente. Otras veces era don Sergio quien aparecía en el sueño e Itziar descubría con horror que el ciego también la observaba, vestido como un sacerdote, preparado para realizar los sacrificios prescritos en sus atroces creencias. Y descubría aterrorizada que era ella la ofrenda al Dios ciego, ya que sus compañeros Iñigo y Jon habían volado por los aires y sus cuerpos no servían para aquella ceremonia. Curiosamente, jamás soñaba con Arantza. Pero durante el día no podía hacer otra cosa que pensar en ella: la odiaba con furia y, al mismo tiempo, la añoraba con la misma ferocidad.

—Tengo que trabajar. No quiero volverme loca —repetía una y otra vez, cuando su madre intentaba convencerle de que prolongara aquella baja.

Un domingo, tres semanas después del funeral, tras haber abrazado con fuerza a sus padres y a su hermano, subió al coche en el que Paco la esperaba y una hora después entraban en Bilbao.

Su madre le contó que fue Paco quien llamó a los suyos, a pesar de no conocerlos y que fue también quien la trasladó a Donostia al día siguiente del funeral.

—Y ya es como de la familia, Itzi. Me alegro mucho. Estamos muy contentos.

El mismo lunes se presentó con el alta médica en el despacho de Xabier. Éste la recibió con un fuerte abrazo, visiblemente emocionado. Itziar no se atrevió a

preguntar por Arantza, y él tampoco hizo nada por mencionarla, pero después, tras abrazar a Amaia y a Antxe, estas se encargaron de informarle.

—Sigue de baja, pero no ha vuelto a su piso de Ses-tao. Y nadie sabe dónde está. Ni siquiera Mikel.

Itziar decidió que esa misma tarde visitaría al informático. No quería ver a Arantza, a pesar de que la añoraba. No podía perdonarla, al menos no todavía. Era consciente de que la furia que sentía era hasta cierto punto algo impostada. Era un sentimiento que intentaba enmascarar una certeza mucho más dolorosa: el sentimiento de culpa que se apoderaba de ella cada vez que recordaba a sus amigos muertos.

Había repasado en infinidad de ocasiones su comportamiento durante aquellos funestos quince días que separaban la fuga de Uriah de la consumación de su venganza.

Aunque la principal responsable de aquella locura había sido Arantza, ella no podía ocultarse a sí misma que quizás su propio comportamiento había sido aún más decisivo para que la desgracia se hubiera producido. Ella conocía cómo era su compañera, y desde el principio sospechó que su comportamiento estaba siendo temerario. Pero eso era lo normal, Arantza siempre tendía hacia la temeridad ¿Y dónde estaba ella, la poli juiciosa, la que tenía que haber detenido aquella locura? Le habría bastado con avisar a Xabier de las maniobras de su amiga. O también podía haber hablado con Jon, quien seguro

que le habría informado de todo. Pero ella sólo estaba concentrada en el caso de Borja Pérez de Martingala, ella sólo quería resolver aquel rompecabezas, brillar con la resolución de un caso difícil en una nueva y espectacular investigación. Arantza había actuado como siempre lo hacía, por lo que podía decirse que era ella la que había fallado. Cuando reflexionaba de esta forma, la culpa y el dolor la invadían. Pero a continuación volvía la rabia y la amargura. Había llegado a pensar que su compañera era imbatible. Hasta entonces su audacia había funcionado, y gracias a su valentía ella estaba viva. Itziar no podía olvidar cómo Arantza le había salvado la vida con la maniobra Rentería, cuando los monstruos que acompañaban a Uriah en Plentzia habían iniciado los preparativos para torturarla. ¿Qué habría ocurrido si en vez de ser su amiga la que apareciera con la pistola hubiera sido al revés? Estaba segura de que ambas habrían resultado muertas. Ella no era capaz de ejecutar con sangre fría una acción similar a aquella a la que Arantza denominaba la “maniobra Rentería”. Nadie era capaz de tanta audacia, tenía que reconocerlo. Pero toda esa determinación, en la que Itziar había confiado ciegamente, se había convertido en temeridad cuando se trató de perseguir a Uriah.

URIAH HEEP



Itziar intentó reprimir la angustia que todavía le producía acordarse de Uriah Heep. Le volvían a la mente escenas de las películas que encontraron en la casa de Plentzia donde Itziar conoció a aquel monstruo. Uriah era extremadamente delgado y no medía más de un metro cuarenta, por lo que era fácil confundirlo con un niño, y ello le servía para así atraer con más facilidad a sus víctimas. Su vocecita infantil también ayudaba a crear esa falsa impresión de inocencia. Pero todo era un espejismo que se desvanecía en cuanto te acercaba su cara de pergamino, sin cejas ni pestañas y con unos ojos azules que te miraban detenidamente y que no parecían humanos, pues tenían la fijeza y crueldad indiferente de los de un ave de presa.

Ojalá su amiga lo hubiera matado en aquel chalet de Plentzia. Ojalá le hubiera disparado a la cabeza y no a la pierna; ahora Iñigo y Jon estarían vivos.

Itziar siempre se había resistido a los sentimientos justicieros típicos de Arantza, pero cada vez se parecía más a ella. Es fácil ser ecuánime y racional cuando no has conocido a ningún monstruo. A ella le había bastado el conocimiento de los siniestros pederastas de Plentzia, entre los que destacaba Uriah Heep, para modificar toda su actitud racional. Ahora entendía mejor a su compañera. Itziar se preguntaba por las experiencias atroces que habría sufrido en la infancia.

No era capaz de imaginarlas, y su amiga jamás se las había contado, pero estaba claro que habían forjado ese carácter extremo y justiciero que siempre había respetado aunque no compartido.

Estos pensamientos llevaron a Itziar a apiadarse por primera vez de su amiga. Recordó entonces cómo rechazó su proposición de llamar a Xabier cuando les llegó la foto de sus compañeros y vieron que estaban prisioneros de Uriah. Itziar consideró que era lo más prudente: “Si vamos solas nos matarán”, afirmó, pero la respuesta de Arantza fue terminante: “Si ellos mueren no quiero vivir”. Cuando recordó esa frase no pudo evitar el llanto ¿Cómo estaría Arantza en estos momentos? “Si ellos mueren no quiero vivir”. La frase volvía a la mente de Itziar una y otra vez y su recuerdo repetido acabó modificando otra vez los sentimientos que dominaban a la ertzaina en aquellos días. Esas palabras le proporcionaron una visión inédita del carácter de Arantza. Itziar sufría por Iñigo y por Jon, y no era capaz de imaginar

mayor dolor que el que ella sentía. Pero las palabras de su amiga le sugerían lo contrario, le informaban de que el dolor de Arantza, el sentimiento de culpa era incluso superior al suyo.

Necesitaba verla. Necesitaba sentir su dolor, aunque sabía que era imposible. No podía imaginarse abrazada a Arantza. Su amiga siempre se lamía las heridas en soledad y así seguiría haciéndolo. Recordó de forma repentina el momento inmediato posterior a la gran explosión que había barrido los cuerpos de Iñigo y de Jon.

Arantza gritó: “¡Uriah! ¡Mátame!, y sólo después se derrumbó y lloró, pero en ningún momento se acercó a su compañera. Y cuando Amaia y Antxe llegaron, las tres se abrazaron y lloraron sin parar por sus compañeros. Arantza, en cambio, quedó fuera del círculo. Y desde allí, desde fuera del dolor de los demás, atendió a la exigencia de Antxe, “¡Mata a Uriah, joder, mátalos!”, y se alejó para planear la ejecución.

Porque Itziar no albergaba la menor duda: Arantza había ejecutado a Uriah Heep. Quizás no con sus manos, sino con la colaboración de don Sergio, ya que la cabeza de Uriah, seccionada del cuerpo y con las cuencas vacías, parecía una ofrenda al Dios ciego. Itziar imaginó aquella noche gloriosa, así calificada por la nota que acompañaba a la cabeza, una noche en que la tortura habría arrancado de la garganta del irlandés los gritos más atroces, el más perfecto cántico, y cuando imaginó aquella noche no sintió ni siquiera repulsión. Pese a que sus principios

le dictaban lo contrario, en su fuero interno, en lo más hondo, aprobaba la tortura del monstruo. De una manera oscura, entendía que esa tortura era justa, esa tortura equilibraba la balanza entre el bien y el mal.

Si no había un más allá, el equilibrio debería producirse en este lado de la muerte. Uriah y sus colegas violaron, torturaron y descuartizaron al menos a siete niños y se recrearon en su sufrimiento, disfrutaron con su dolor. Y, para agravar el mal, habían filmado sus actos infames en las películas que encontraron en la casa, en un intento de que la injusticia y el daño se reprodujeran hasta el infinito. Uriah, el superviviente de la matanza, había perseverado en la ceremonia de la destrucción, y continuado perpetrando un mundo más injusto. Teniendo en cuenta esto, la tortura de Uriah, sus gritos elevándose de forma nítida hasta los oídos del Dios ciego ¿no era en el fondo una manera de restablecer la justicia?

Itziar intentó abandonar estos pensamientos, ya que era consciente de que esta modalidad de justicia primitiva, con fundamento ante todo en los sentimientos de venganza, no servía de forma cabal para construir un mundo más justo. Imaginó que Arantza sentiría algo parecido. O quizás no pensara en ello en absoluto. Quizás su actuación fuera de naturaleza más primaria, una forma de aplacar el terrible dolor que experimentaba.

Aquella primera mañana de trabajo fue ciertamente improductiva. Escuchaba a sus compañeros y, en

apariencia, se interesaba por los casos pendientes, esforzándose por ponerse al día, pero sabía que, detrás de esa fachada de normalidad, tanto Antxe como Amaia, tanto Xabier como Álvaro o Gonzalo, no dejaban de pensar en lo único importante: la ausencia de Arantza y la ausencia, todavía más terrible, por definitiva, de Iñigo y de Jon.

Por la mañana se concentró en estudiar los recortes de prensa, que relataban lo ocurrido en la casa abandonada de la Ribera de Deusto, en la que Uriah Heep había encerrado a sus compañeros Iñigo y Jon.

Algunos de los recortes eran pura fantasía, pero encontró un reportaje de fin de semana incluido en El Correo que era particularmente exacto. Tenía como título “Tragedia en la Ertzaintza”. Lo leyó con atención:

“El pasado lunes se celebró en la Basílica de Begoña, con la asistencia de los altos cargos de la Consejería de Interior, el funeral por la muerte de los agentes de la Ertzaintza, Iñigo Clemente y Jon Sarabia. Los ertzainas formaban parte de la Unidad de Investigación Criminal de la Central de Erandio, y murieron en acto de servicio el jueves anterior.

Al parecer, dichos agentes participaban en la persecución de Uriah Heep, un peligroso criminal de origen irlandés que se había fugado de la prisión de Basauri dos semanas antes.

Uriah Heep había sido detenido en el curso de una operación realizada el año anterior, en la que participaron los integrantes de la Unidad de Investigación Criminal de Erandio. En dicha operación fue desarticulada una banda de pederastas que había torturado y asesinado a niños menores

de diez años, secuestrados en distintas localidades del norte de España. La banda tenía su cuartel general en un chalet de Plentzia y estaba integrada por irlandeses huidos de su país y un par de ciudadanos españoles pertenecientes a una conocida familia de Neguri.

En la operación participaron la oficial Itziar Elcoro y la suboficial Arantza Rentería y se saldó con un tiroteo en el que murieron varios de los integrantes de la banda. Uriah Heep fue herido y estaba internado en la prisión de Basauri a la espera de juicio. En la fuga asesinó a los policías que lo custodiaban cuando estaba siendo trasladado al hospital de Basurto y, según fuentes de la Ertzaintza, se sabía que no había abandonado Bizkaia, pues planeaba asesinar a las ertzainas que lo detuvieron, por lo que su persecución se había convertido en un objetivo de la máxima prioridad para nuestra policía. A pesar de ello, y según han confirmado las mismas fuentes, la persecución estuvo plagada de múltiples errores, que habían culminado en el secuestro por parte de Uriah Heep de los agentes Clemente y Sarabia. Estos se habrían inmolado, provocando una gran explosión, para impedir el éxito de la venganza de Uriah Heep, quien pretendía asesinar con una bomba de gran potencia a las ertzainas Arantza Rentería e Itziar Elcoro. En la explosión murieron los dos agentes, además de varios ciudadanos de origen irlandés, posiblemente integrantes de una mafia que, según otras fuentes consultadas, está intentando asentar su poder en la ciudad de Bilbao, y de la que Uriah Heep formaría parte.

En la explosión, sucedida en la Ribera de Deusto en un edificio abandonado, las agentes Elcoro y Rentería resultaron ilesas, al igual que su enemigo Heep.

Esta historia de violencia tuvo su espectacular desenlace, al menos por el momento, con la aparición sorprendente de la cabeza de Uriah Heep, con signos de haber sufrido tortura extrema, en la ceremonia de incineración de los cadáveres de los dos agentes de la Ertzaintza asesinados por él.

En estos momentos se especula con dos hipótesis sobre la tortura y asesinato del irlandés. La primera apunta a una venganza de alguno de los ertzainas por la muerte de sus compañeros, extremo que ha sido negado tajantemente por fuentes cercanas a la Ertzaintza. El periodista ha intentado localizar a la suboficial Arantza Rentería pero, al parecer, se encuentra de baja y está en paradero desconocido. La otra hipótesis apunta a un ajuste de cuentas entre bandas de la heroína. Por las características de la tortura parece que esta haya sido realizada por una extraña secta denominada “Los brazos del Dios ciego” compuesta por pakistaníes aliados de don Sergio, el capo ciego de la droga del barrio de San Francisco. El periodista tampoco ha conseguido confirmar la existencia de esta extraña secta.

Lo que sí parece claro es que en el caso de que se trate de un ajuste de cuentas entre bandas es muy posible que en los próximos días asistamos a nuevas ejecuciones. No lo creen así fuentes cercanas al Ayuntamiento, que insisten en que Bilbao es una de las ciudades más seguras de Europa, y que los sucesos trágicos de los días anteriores no son más que un hecho aislado”.

Itziar se preguntó por la identidad de las fuentes cercanas a la Ertzaintza. Posiblemente el periodista habría contactado con su jefe Xabier Arcelus.

Tras finalizar la lectura se acercó a la máquina del café y se sirvió un expreso sin azúcar.

Volvió a la mesa y telefonó a Mikel. Decidió darse una vuelta esa misma tarde por la tienda del informático. Era la primera vez que hablaba con él, aunque sabía que sus llamadas a Paco, preocupándose por su estado de salud, habían sido casi diarias.

Comió en Bilbao y a media tarde condujo su A-3 en dirección a Sestao. Aparcó muy cerca de la tienda de Mikel. Al bajar del coche divisó la fachada del edificio donde tenía Arantza su piso, que ahora estaba vacío. Era imposible que Mikel no supiera por dónde andaba su amiga.

Caminó las dos manzanas que le separaban de la tienda, una lonja grande, con un cartel desvencijado en el que figuraba el nombre del establecimiento, “Componentes informáticos Arruebarrena”. Allí nada parecía haber cambiado desde la primera vez que visitó la tienda, hacía ya cuatro años largos. Su dueño sí había cambiado: lo vio más viejo, y en su mirada podía observarse una nota de desvalimiento. Y había engordado, estaba inmenso. “Cuando está depre, se harta de comer”, pensó.

–Hola Mikel.

Se dejó abrazar por el gigante, que la llevó hasta la rebotica casi en volandas.

–Joder, Itzi, tienes una pinta cojonuda. Cómo me alegro.

–Tú también tienes buen aspecto, Mikel –mintió ella.

Se miraron a los ojos en silencio. ¿Quién mencionaría primero el nombre de Arantza?

—Te juro que no sé dónde está. Sólo sé que no quiere ver a nadie. No contesta al móvil, no recibe whattshapps. No puedo localizarla. Sólo se comunica mediante una cuenta de e-mail. Y se comunica poco.

—Pero algo sabrás. ¿Cómo está? ¿Está en su pueblo? ¿O dónde?

—En su pueblo, dices. ¿y cómo sabemos cuál es su pueblo? Creo que está en el Goierri, pero ni puta idea. Tengo la llave de su casa, y me ha encargado que le abra toda la correspondencia. Le saco una foto de todo lo que recibe y se lo envío a ese e-mail. No sé qué está esperando.

—Una citación de Asuntos Internos, supongo.

—Joder, ¿sospechan de ella?

—¿Tú no, acaso?

—No sé qué decirte. Sé que alguien llevó la cabeza de Uriah al tanatorio. Pero no tuvo por qué ser ella.

—Sé que no fue Arantza. Pero, casi con la misma seguridad, te puedo decir que ella lo encargó.

—¿A quién?

—A don Sergio, un mafioso que es a su vez sacerdote de una secta destructiva.

—¿Y no lo habéis detenido?

—¿Quién? ¿Yo? No quiero acercarme a don Sergio. No quiero saber. No quiero tener que detener a Arantza, joder, no quiero que sea ella.

–¿Y qué vas a hacer ahora?

–No sé; trabajar, supongo. Pero no en lo de Uriah. En eso no puedo.

–Entiendo. Dame un abrazo –Mikel no pudo reprimir unas lágrimas– joder ¿la hemos perdido también a ella?

–Yo qué sé. Lo que sí puedo decir es que hemos perdido a Iñigo y a Jon y nada volverá a ser lo mismo. No sé si quiero verla, no sé si quiero que vuelva al trabajo. No veo cómo podemos recuperar lo que teníamos. No lo sé, y me jode. Pero la echo de menos, y tengo miedo –Itziar tampoco pudo reprimir sus lágrimas.

–Vaya par de idiotas.

–Tengo que irme –Itziar se levantó bruscamente.

–¿Tan pronto?

–Sí.

No añadió más. Miró a Mikel a los ojos. Vio en ellos una angustia similar a la suya.

–Si sabes algo, me llamas.

–Claro.

ASUNTOS INTERNOS



–AGENTE 1º: Procedemos a recibir declaración de Ander Azurmendi, profesor de antropología y religiones comparadas en la facultad de Humanidades de Deusto y titular de la cátedra “Anton Arriola”.

–AZURMENDI: Así es.

–AGENTE 2º: Se le advierte que este interrogatorio forma parte de una investigación oficial y de que todo lo que hablemos será grabado. Está usted obligado a decir la verdad ¿Ha comprendido todo lo que le he dicho?

–AZURMENDI: Perfectamente.

–AGENTE 1º: Comencemos: “Íñigo, Jon, os doy mi palabra: ayer conseguimos, en una noche gloriosa, arrancar de la garganta de Uriah el más perfecto cántico”. ¿Le sugiere algo este texto?

–AZURMENDI: ¡Qué horror! Confiaba en que nada de eso hubiera ocurrido.

–AGENTE 2º: ¿A qué se refiere?

–AZURMENDI: Hace unos meses me visitó una inspectora de la Ertzaintza y me preguntó sobre una religión antiquísima, la religión del Dios ciego.

–AGENTE 1º: ¿Le explicó para qué quería esa información?

–AZURMENDI: La verdad es que fue muy discreta. Sólo me dijo que estaba trabajando en una investigación sobre un asesinato y que alguien había mencionado esa creencia.

–AGENTE 2º: ¿Recuerda el nombre de la inspectora?

–AZURMENDI: No, la verdad es que no. Pero tengo su tarjeta. Aquí está: Itziar Elcoro, de la Central de Erandio.

–AGENTE 2º: ¿Está seguro de que sólo habló con ella?

–AZURMENDI: Sí, claro.

–AGENTE 2º: ¿Salió en algún momento de la conversación el nombre de Arantza Rentería?

–AZURMENDI: No lo recuerdo, pero no creo.

–AGENTE 1º: ¿Recuerda más o menos de qué hablaron?

–AZURMENDI: Sí, la inspectora me preguntó por los cultos al Dios ciego. Parece que en la investigación habían surgido los nombres de algunos pakistaníes. Le expliqué que esa religión había nacido como una derivación del hinduismo, a partir de la lectura de los

Upanishads. El Dios ciego es un concepto filosófico más que un verdadero dios con un culto popular. Es lo que denominamos un dios para los filósofos.

–AGENTE 2º: Y eso ¿qué tiene que ver con un asesinato?

–AZURMENDI: Me ha leído usted una nota en la que se menciona el más perfecto cántico.

–AGENTE 1º: Pero esa nota, por lo que sabemos, se ha escrito con posterioridad a la visita que le hizo nuestra compañera.

–AZURMENDI: Ya, pues no sé qué decirles. Lo que sí puedo añadir es que esa nota usa el lenguaje de una secta peligrosísima denominada “Los brazos del Dios ciego”. La inspectora me habló de ella y es cuando me inquieté, pues pensaba que la secta se había desarticulado en la India y no había vuelto a tener noticias de ella.

–AGENTE 1º: Volvamos a la nota ¿Qué le ha sugerido su lectura?

–AZURMENDI: Que la secta ha vuelto a actuar y que ha torturado y asesinado a alguien, no recuerdo el nombre que han mencionado.

–AGENTE 2º: ¿A Uriah?

–AZURMENDI: Sí, también aparecen otros nombres ¿podrían repetirme la nota?

–AGENTE 1º: “Íñigo, Jon os doy mi palabra: ayer conseguimos, en una noche gloriosa, arrancar de la garganta de Uriah el más perfecto cántico”.

–AZURMENDI: Sí, entiendo que la secta se dirige a Iñigo y a Jon para informarles de que han torturado hasta la muerte a Uriah, a lo largo de una noche. El más perfecto cántico es la expresión que utiliza la secta para indicar que han logrado arrancar de una víctima los gritos más atroces, más perfectos, los que más agradan al Dios ciego. Y para conseguirlo conocen técnicas sofisticadas de tortura. Y el más perfecto cántico sólo se logra con una tortura prolongada y muy dolorosa que acaba, sin excepción, con la muerte de la víctima.

–AGENTE 2º: ¿Mencionó la oficial los nombres de Iñigo o de Jon?

–AZURMENDI: No creo, no me suena.

–AGENTE 1º: ¿Y el nombre de Uriah Heep?

–AZURMENDI: Ese seguro que no. Uriah Heep es un personaje literario y un grupo de rock. Si lo hubiera mencionado, me acordaría.

–AGENTE 2º: ¿Cuál fue la actitud de la oficial?

–AZURMENDI: ¿A qué se refiere?

–AGENTE 2º: ¿Le pareció que tenía interés personal en la secta? ¿O sólo profesional?

–AZURMENDI: Miren, no sé si estoy entendiendo bien y ya sé que no me lo van a aclarar, pero su compañera me pareció una gran profesional, con un interés legítimo relacionado con una investigación en curso, y no lo que están sugiriendo en estos momentos.

–AGENTE 1º: Muchas gracias por su colaboración, señor Azurmendi. No creo que haga falta decirle que esta conversación no debe trascender las paredes de este despacho.

–AZURMENDI: Entendido. Si no tienen más preguntas...Tengo una clase en diez minutos.

–AGENTE 1º: Buenas tardes.